



CIUDAD

Clifford D. Simak

Simak narra —desde el punto de vista perruno— los últimos años de la epopeya humana. Los hombres han desaparecido, pero los perros se reúnen en las noches de invierno y, rodeados de sus cachorros, cuentan sus historias. Hay ironía, ternura y melancolía en estas historias... El lector lee en ellas el obituario de su raza, y advierte al mismo tiempo que, para la mente de un ser capaz de crear otra civilización, los hombres son criaturas casi inimaginables...

Prefacio del editor

ÉSTAS SON LAS HISTORIAS que cuentan los perros, cuando las llamas arden vivamente y el viento sopla del norte. Entonces la familia se agrupa junto al hogar, y los cachorros escuchan en silencio, y cuando el cuento ha acabado hacen muchas preguntas.

—¡Qué es un hombre!

—¿Qué es una ciudad?

—¡Qué es una guerra!

No hay respuesta exacta para esas preguntas. Hay suposiciones y teorías y conjeturas, pero no hay respuestas.

En esos grupos familiares más de un narrador ha tenido que explicar que sólo se trata de un cuento, que no existen cosas tales como una ciudad o un hombre, que en los cuentos, que no pretenden más que entretener, no hay que buscar una verdad.

Explicaciones semejantes, que pueden servir para los cachorros, no son explicaciones. Aun en unos cuentos tan simples hay que buscar la verdad.

La leyenda, que consta de ocho cuentos, ha sido narrada durante siglos y siglos. Hasta donde puede saberse, no tuvo un comienzo definido, y el más minucioso de los estudios no podría explicar su desarrollo. Es indudable que en el curso de muchas narraciones la leyenda ha ido estilizándose, pero no hay modo de estudiar el proceso de esa estilización.

Que es antigua, y, como sostienen algunos escritores, quizás en parte de origen no perruno, se deduce de las abundantes incongruencias que salpican los cuentos; pala-

bras y frases (y peor que todo, ideas) que no tienen actualmente ningún significado, y que quizá no lo han tenido nunca. A través de repetidas narraciones, estas palabras y frases han sido al fin aceptadas y, por el sentido del contexto, se les ha asignado un cierto valor arbitrario. Pero no es posible saber si estos valores se aproximan o no al sentido original.

Esta edición no intentará inmiscuirse en las discusiones técnicas sobre la existencia o no existencia del hombre, o el problema de la ciudad, o las varias teorías acerca de la guerra, o las otras muchas cuestiones que asaltan a quien busca en la leyenda un fundamento histórico u objetivo.

El propósito de esta edición es sólo el de dar el texto actual de la leyenda, completo e inexpurgado. Las notas que preceden a los capítulos señalan los puntos más importantes y discutibles, pero no pretenden sacar conclusiones. Aquellos que deseen una mayor comprensión de los cuentos, o de las diversas consideraciones que han inspirado, pueden recurrir a otros libros, escritos por perros más competentes que el presente editor.

El reciente hallazgo de varios fragmentos de lo que fue sin duda una obra bastante extensa, ha sido considerado argumento definitivo en pro de la atribución de al menos parte de la leyenda al mitológico (y discutido) hombre, y no a los perros. Pero hasta que pueda probarse que el hombre existió realmente, la opinión de que él fue el autor de estos fragmentos es de muy escaso valor.

Particularmente significativo, o perturbador (todo depende del punto de vista), es el hecho de que el título aparente de los fragmentos sea igual al de una de las historias que aquí presentamos. La palabra en sí, como es natural, no tiene ningún sentido.

La primera pregunta, por supuesto, es la de si alguna vez ha existido una criatura llamada hombre. Por el momento, ante la ausencia de pruebas positivas, lo más razonable es opinar que no; que el hombre, tal como se lo pre-

senta en la leyenda, es obra de la imaginación folklórica. El hombre debe de haber aparecido en los primitivos días de la cultura perruna como un ser imaginario, un dios racial, invocado por los perros en los momentos de apuro, y al que recurrían cuando necesitaban ayuda.

Sin embargo, a pesar de estas medidas conclusiones, hay aún algunos que ven en el hombre un antiguo dios, un viajero procedente de alguna tierra mística o de otra dimensión, que vino a este mundo, se quedó entre nosotros, y nos ayudó y volvió al fin a su lugar de origen.

Hay aún otros que creen que el hombre y el perro pueden haberse desarrollado juntos, ayudándose mutuamente, completándose en el desenvolvimiento de una cultura, y que en un punto perdido en el tiempo tomaron distintos caminos.

El elemento más inquietante de estos cuentos (y los elementos inquietantes son muy numerosos) es la reverencia con que se trata a los hombres. Es difícil para el lector común aceptar esa reverencia como algo simplemente imaginario. Va más allá de esa adoración superficial que se rinde al dios de la tribu; uno nota, casi instintivamente, que esa reverencia debe hundir sus raíces en alguna creencia olvidada o rito prehistórico.

Hay por ahora pocas esperanzas, naturalmente, de que algunos de estos temas de controversia puedan ser solucionados.

Aquí están, pues, los cuentos, para que ustedes los lean a su gusto: sólo por placer o en busca de algún significado histórico u oculto. Nuestro mejor consejo al lector común: no los tomen muy en serio, pues la confusión más completa, si no la locura, acecha a lo largo del camino.

Notas al primer cuento

ES INDUDABLE que, de todos los cuentos, el primero es el que ofrece más dificultades para el lector casual. No sólo es irritante su vocabulario; hasta su lógica y sus ideas parecen, en una primera lectura, totalmente extrañas. Quizás se deba a que en esta narración y en la siguiente no aparece ningún perro; ni siquiera se lo menciona. Desde el párrafo inicial el lector se ve forzado a aceptar una situación que le es ajena, cuya solución depende de unos personajes igualmente ajenos. Lo mismo habría que decir del cuento, pues, una vez concluida su lectura, el resto de la leyenda parece, por comparación, asunto cotidiano.

El concepto de ciudad envuelve la totalidad del cuento. Aunque no se entiende muy bien qué puede ser una ciudad o cómo pudo existir, se la concibe generalmente como un área de poca extensión donde cierto número de residentes encontraban albergue y medios de subsistencia. Las causas de la aparición de las ciudades están explicadas superficialmente en el texto, pero Bounce, que dedicó toda una vida al estudio de estas narraciones, sostiene que sólo se trata de una ingeniosa improvisación para apoyar un concepto imposible. La mayoría de los que han estudiado los cuentos opinan como Bounce que las razones dadas en la misma narración no están de acuerdo con la lógica, y algunos, Rover entre ellos, han sospechado que quizás se trata de una antigua sátira, hoy ya sin significado.

La mayor parte de las autoridades en economía y sociología juzgan que una organización tal como una ciudad es algo imposible, no sólo desde el punto de vista económico,

sino también del sociológico y psicológico. Ninguna criatura de sistema nervioso bastante perfecto como para desarrollar una civilización, señalan, podría sobrevivir dentro de tan restringidos límites. El intento, afirman estas autoridades, conduciría a una neurosis general que en poco tiempo destruiría la misma civilización que había creado la ciudad.

Rover cree que en el primer cuento nos encontramos ante un mito en estado casi puro, y que, por lo tanto, ninguna situación ni afirmación pueden ser aceptadas como reales. En la totalidad del cuento privaría un simbolismo cuya clave se ignora. Asombra, sin embargo, que siendo el cuento de carácter esencialmente mítico, y nada más, los conceptos —piedras fundamentales del mito— no envuelvan toda la narración. Para el lector común poco hay aquí de contenido mítico. La historia es la más angular del grupo (ese montón de huesos pelados), sin ninguno de esos toques de finísimo sentimiento y elevados ideales que hay en el resto de la leyenda.

El lenguaje del cuento es particularmente desconcertante. Expresiones tales como la clásica «maldita sea» han preocupado a los entendidos en semántica durante muchos siglos, y aún hoy se sabe tan poco acerca del significado de ciertas palabras y frases como al iniciarse el estudio de la leyenda.

La terminología que concierne al hombre se ha aclarado, sin embargo, bastante. El plural de esta raza mítica es hombres; racialmente se los designa como seres humanos; las hembras son mujeres o esposas (dos términos entre los que algún día hubo quizá un fino matiz de diferenciación, pero que hoy deben ser entendidos como sinónimos); los cachorros son niños. Un cachorro macho es un niño. Un cachorro hembra, una niña.

Además del concepto de ciudad, hay otro que el lector no podrá conciliar con sus costumbres y que viola las mismas leyes del pensamiento: se trata de las ideas de guerra y asesinato. El asesinato es un proceso, casi siempre de ca-

rácter violento, en el que un ser vivo destruye a otro ser vivo. La guerra, parece, es un asesinato en masa ejecutado en una escala inconcebible.

Rover, en el estudio que dedicó a la leyenda, asegura que los cuentos son más antiguos de lo que generalmente se piensa, ya que conceptos como guerra y asesinato no pudieron nacer en una cultura como la nuestra y deben de haberse originado en una era de salvajismo de la que no existe documento alguno.

Tige, que tiene la opinión —casi única— de que los cuentos están basados en la historia real, y que los hombres existían en la época en que apareció el perro, cree que la primera narración describe el colapso de la cultura humana. Afirma además que este cuento, tal como ha llegado hasta nosotros, es sólo un fragmento de una obra mayor, una narración épica gigantesca que debía igualar o superar en tamaño a la totalidad de la leyenda. No parece posible, escribe, que un suceso tan importante como el derrumbamiento de una poderosa civilización mecánica haya sido condensado por los contemporáneos en un relato tan breve. Lo que aquí tenemos, dice Tige, es sólo uno de los muchos cuentos que narraban el suceso, y uno, quizá, de los menos importantes.

1

Ciudad

GRAMP STEVENS estaba sentado en la silla de jardín, observando cómo trabajaba la segadora de césped, sintiendo cómo la suave y tibia luz del sol le calentaba los huesos. La segadora llegó al extremo del jardín, cloqueó para sí misma como una gallina satisfecha, dio media vuelta y se puso otra vez en camino. El saco que contenía las briznas aumentaba de tamaño.

De pronto la segadora se detuvo y ronroneó excitada. En uno de los costados se abrió un panel y surgió un brazo mecánico parecido a una grúa. Unos dedos de acero tantearon la hierba, alzaron en triunfo un pedrusco, lo dejaron caer en un recipiente, y desaparecieron otra vez en el interior de la máquina. La segadora gorgoteó, resopló, y se lanzó a su trabajo.

Gramp refunfuñó y miró la segadora con desconfianza.

—Uno de estos días —dijo para sí mismo— esa segadora, maldita sea, va a perder un bocado y tendrá un ataque de nervios.

Se recostó en la silla y contempló el cielo bañado por el sol. Un helicóptero volaba allá lejos. En algún lugar del interior de la casa se encendió una radio y lanzó una oleada ensordecedora de música. Gramp se estremeció y se hundió en la silla.

El joven Charlie estaba preparándose para iniciar una sesión de tortura. Maldita sea.

La segadora pasó cloqueando y Gramp le echó una mirada maliciosa.

—Automática —dijo con los ojos en el cielo—. Todas las malditas cosas son automáticas ahora. Basta con llevar la máquina a un rincón, murmurarle algo al oído y se pone a trabajar.

La voz de su hija llegó a él desde la ventana, lo bastante alta como para elevarse por encima de la música.

—¡Papá!

Gramp se movió, incómodo.

—Sí, Betty.

—Papá, a ver si te mueves cuando la segadora se te acerca. No trates de sacarla de las casillas. Al fin y al cabo, es sólo una máquina. La última vez te quedaste ahí y dejaste que la segadora diera vueltas a tu alrededor.

Gramp no respondió, y cabeceó un poco con la esperanza de que su hija creyera que estaba dormido y le dejara en paz.

—¡Papá! —chilló Betty—. ¿Me has oído?

Gramp comprendió que todo era inútil.

—Claro que te he oído —le contestó—. Ya iba a moverme.

Se incorporó con lentitud, apoyándose pesadamente en su bastón. Quería que Betty se arrepintiera por haber tratado de ese modo a un hombre tan débil y viejo. Tenía que tener cuidado. Si Betty llegaba a saber que no necesitaba del bastón, le buscaría toda clase de ocupaciones, y si, por otra parte, exageraba demasiado, llamaría otra vez a aquel doctor idiota.

Refunfuñando, Gramp movió la silla hacia la parte ya segada del jardín. La máquina pasó a su lado y emitió una risita malévola.

—Uno de estos días —le dijo Gramp— te haré saltar de un golpe uno o dos engranajes.

La segadora se burló ruidosamente y prosiguió su camino.

De la calle cubierta de hierbas llegó un ruido de metales, una tos entrecortada.

Gramp, que iba a sentarse, se enderezó y escuchó.

El sonido se hizo más claro. Era el estruendo de un motor de explosión, el golpeteo de unas partes metálicas sueltas.

—¡Un coche! —aulló Gramp—. ¡Un coche, por todos los diablos!

Echó a correr hacia la verja hasta que recordó de pronto que era un hombre débil y suavizó el paso.

—Tiene que ser ese loco de Ole Johnson —se dijo—. Es el único que conserva un coche. Demasiado terco para abandonar.

Era Ole.

Gramp llegó a la verja cuando el herrumbrado y gastado automóvil doblaba a saltos la esquina y entraba en la calle ya fuera de uso balanceándose y traqueteando. El vapor se escapaba silbando del radiador recalentado, y una nube de humo azul surgía del tubo de escape. El silencio faltaba desde hacía cinco años o más.

Ole, sentado muy derecho ante el volante, arrugaba los ojos tratando de evitar los lugares más estropeados, aunque a causa de las hierbas y malezas que habían invadido la calle era difícil verlos.

Gramp agitó el bastón.

—Hola, Ole —dijo.

Ole hizo alto recurriendo a los frenos de emergencia. El coche jadeó, se estremeció, tosió y murió con un horrible suspiro.

—¿Qué combustible estás usando? —preguntó Gramp.

—Un poco de todo —dijo Ole—. Petróleo, aceite de tractor que encontré en un barril, alcohol.

Gramp contempló la máquina moribunda con auténtica admiración.

—En otro tiempo —dijo— era posible correr a ciento cincuenta kilómetros por hora.

—Todavía es posible —dijo Ole—. Sólo hace falta encontrar el combustible y los repuestos necesarios. Hace tres

o cuatro años aún había bastante gasolina, pero desde hace un tiempo falta del todo. Han dejado de fabricarla, me parece. La gasolina es inútil, me dijeron, cuando se puede disponer de energía atómica.

—Claro —dijo Gramp—. Sospecho que tienen razón, pero uno no puede oler la energía atómica. No hay nada más agradable que el olor de la gasolina. Esos helicópteros y demás aparatos han suprimido el romanticismo de los viajes.

Lanzó una mirada a los pequeños barriles y cestos apilados en el asiento de atrás.

—¿Llevas verduras? —preguntó.

—Sí —dijo Ole—. Espigas de maíz y patatas tempranas, y algunos cestos de tomates. Pensé que quizá podría venderlos.

Gramp sacudió la cabeza.

—No podrás, Ole. No te los comprarán. La gente cree que esas nuevas cosas hidropónicas son lo único comestible. Higiénicas, dicen, y con más aroma.

—No doy un rábano por todos los cultivos de esos tanques —declaró Ole, agresivamente—. No sé por qué, pero no me saben bien. Como le digo a Martha, los alimentos tienen que nacer del suelo para que tengan algún carácter.

Se inclinó hacia la llave del encendido.

—No sé si vale la pena llevar esto a la ciudad —dijo—. Hay que ver cómo están los caminos. O mejor cómo no están. Hace veinte años la carretera estatal era una franja de buen cemento, y la parcheaban y nivelaban todos los inviernos. Gastaban cualquier suma de dinero para tenerla abierta. Y ahora, como si no existiese. El cemento está lleno de rajaduras y en algunos lugares ha desaparecido. Las zarzas crecen en la misma carretera. Esta mañana he tenido que salir del coche y apartar un árbol que había caído en el camino.

—Muy cierto —convino Gramp.

El automóvil volvió de pronto a la vida, tosiendo y atragantándose, envuelto en una nube de humo denso y azul. Con un salto se puso en marcha y se alejó dando tumbos.

Gramp regresó pesadamente a la silla y descubrió que chorreaba humedad. La segadora automática, luego de haber terminado con el césped, había abierto la manguera y estaba regando el jardín.

Lanzando maldiciones, Gramp se dirigió a los fondos de la casa y se sentó en el banco del porche. El lugar no le gustaba, pero era el único en que estaba a salvo de la maquinaria del jardín.

Ante todo, la vista desde el banco lo deprimía bastante, pues consistía en calles y calles con casas abandonadas, y jardines cubiertos todos de malezas.

Había una ventaja, sin embargo. En aquel banco podía fingir cierta sordera, y no prestar atención a aquella música torturante.

Una voz llamó desde el jardín.

—¡Bill, Bill! ¿Dónde estás?

Gramp volvió la cabeza.

—Aquí, Mark. Detrás de la casa. Escapando de esa maldita segadora.

Mark Bailey apareció cojeando en el patio, con un cigarrillo que trataba de quemarle las pobladas patillas.

—Un poco temprano para empezar a jugar, ¿no te parece? —preguntó Gramp.

—Hoy no habrá juego —dijo Mark.

Se sentó en el banco, con dificultad, junto a Gramp.

—Nos vamos —dijo. Gramp dio media vuelta y lo miró.

—¿Os vais?

—Sí. Nos mudamos. Lucinda se decidió al fin y habló con Herb. Sospecho que no lo dejó en paz un minuto. Dijo que todos estaban mudándose a regiones más agradables, y que no sabía por qué no hacíamos lo mismo.

Gramp tragó saliva.

—¿Adónde vais?

—No lo sé muy bien —dijo Mark—. No he estado allí. A algún lugar del Norte. Alguno de los lagos. Conseguimos cuatro hectáreas de tierra. Lucinda quería cincuenta, pero Herb se mostró firme y dijo que cuatro bastaban. Al fin y al cabo, un solar en la ciudad nos ha bastado hasta ahora.

—Betty está asediando a Johnny, también —dijo Gramp—, pero él no le hace caso. Dice que no pueden hacerlo. Dice que no estaría bien que él, secretario de la Cámara de Comercio, abandonase la ciudad.

—La gente está loca —declaró Mark—. Loca de remate.

—Muy cierto —convino Gramp—. Locos por el campo, así están. Mira —señaló con un ademán las casas abandonadas—. Aún recuerdo los años en que florecían aquí los hogares. Buenos vecinos, eso eran. Las mujeres corrían de puerta en puerta intercambiando recetas. Y los hombres salían a cortar el césped y muy pronto todas las segadoras descansaban ociosamente, y los hombres formaban grupos y conversaban. Gente amable, Mark. Pero mira ahora.

Mark se agitó, incómodo.

—Tengo que volver, Bill. He venido sólo a decirte que nos íbamos. Lucinda me pidió que hiciese las maletas. Se enojará si se entera de que me he escapado.

Gramp se incorporó tiesamente y extendió una mano.

—¿Te veré otra vez? ¿Vendrás a echar una última partida?

Mark sacudió la cabeza.

—Temo que no, Bill.

Se dieron la mano, azorados.

—Creo que voy a echar de menos las partidas.

—Yo también —dijo Gramp—. No me quedará nadie una vez que te hayas ido.

—Adiós, Bill —dijo Mark.

—Adiós —dijo Gramp.

Miró cómo su amigo se iba cojeando y sintió que la soledad extendía una garra fría y lo tocaba con dedos helados. Una soledad terrible. La soledad de sentirse viejo... y

fuera de época. Era algo cruel, admitió Gramp. Estar fuera de época. Pertenece a otros tiempos. Había sobrevivido, durado demasiado.

Con los ojos húmedos, tomó el bastón apoyado en el banco, y se dirigió lentamente hacia el portón que daba a las calles desiertas.

Los años habían pasado con excesiva rapidez. Años que habían traído el avión familiar y el helicóptero, y que habían dejado que el automóvil se herrumbrase en cualquier lugar, y que los caminos se estropearan. Años que habían suprimido virtualmente el cultivo del suelo y que habían desarrollado la hidroponía. Años que habían abaratado las tierras, que habían hecho desaparecer la granja como unidad económica, y que habían lanzado la gente de la ciudad al campo, donde, por un precio menor al de un solar urbano, cualquiera podía ser dueño de varias hectáreas. Años que habían revolucionado la construcción de las casas, de modo que las familias se mudaron simplemente de las viejas a las nuevas. Éstas podían comprarse, hechas a la medida, por un precio muy inferior al de las construcciones de preguerra, y podían acomodarse, con un pequeño gasto adicional, a nuevas necesidades, o simplemente para satisfacer un capricho pasajero.

Gramp resopló. Casas que pueden transformarse todos los años, así como se mueven los muebles. ¿Qué clase de vida era ésa?

Se arrastró a lo largo del sendero polvoriento que pocos años antes había sido una ajetreada calle, bordeada de residencias. Una calle de fantasmas ahora, pensó. De fantasmitas furtivos que murmuraban en la noche. Fantasmas de niños sumidos en sus juegos, fantasmas de volcados triciclos y caídas bicicletas. Fantasmas de saludos lanzados a gritos. Fantasmas de hogares llameantes y chimeneas que humeaban en una noche de invierno.